

Chile / GABRIELA MISTRAL

Un territorio tan pequeño que en el mapa llega a parecer una playa entre la cordillera y el mar, un paréntesis de espacio como de juego entre los dos dominadores centaurescos. Al Sur, el capricho trágico de los archipiélagos australes, despedazados, haciendo una inmensa laceradura al terciopelo del mar.

Y en las zonas naturales, claras, definidas, lo mismo que el carácter de la raza. Al norte, el desierto, la salitrera quemada de sol, donde se prueba el hombre en dolor y en esfuerzo. En seguida, la zona de transición, minera y agrícola, la que ha dado sus tipos más vigorosos a la raza: sobriedad austera de paisaje, uno como ascetismo ardiente de la tierra. Después, la zona agrícola, de paisaje alable; las manchas gozosas de los huertos y las marchas densas de las regiones labriles; la sombra placida del campesino, pasa quebrándose por los valles y las masas obreras horribles, ágiles, en las ciudades. Al extremo sur, el trópico frío, la misma selva exhalante del Brasil, pero negra, desposeída de la luz del color; las islas ricas de pesca, envueltas en una niebla atormentada, y por fin la meseta patagónica, nuestra única tierra de cielo ancho, de horizontalidad perfecta y desolada, suelo de pastoreo, para los ganados innumerables, bajo las nieves.

Pequeño territorio, no pequeña nación: suelo reducido, inferior a la feroz heroica de sus gentes. No importa: ¡Tenemos el mar... el mar... el mar!

Raza nueva, que no ha tenido a la Dorada. Suerte por madrina, que tiene la necesidad por dura madre espartana. En el período indio, no alcanza el rango de reino: vagan por sus sierras tribus salvajes, como ciegos de su destino que sería dar el cimiento de vigor estupendo a la raza futura. En seguida, la Conquista, cruel como en todas partes: el arcabuz disparado hasta caer rendido sobre

el araucano de dorso de cocodrilo. La Colonia, más tarde, no desarrollada como en el resto de América, en laxitud y refinamiento, por el silencio del indio vencido, sino alumbrada por esa especie de parpadeo tremendo de rámpagos que tienen las noches de México: por la lucha contra el indio, que no deja a los conquistadores cobrar las armas para dibujar una "pavana" sobre los salones... Por fin, la República, la creación de las instituciones, serena, lenta... Algunas presidencias incoloras, que sólo atizan la obra de las presidencias heroicas y ardientes. Se destacan de tarde en tarde, los creadores apasionados: O'Higgins, Portales, Bilbao, Balmaceda.

El mínimo de revoluciones que es posible, en nuestra América convulsa: dos guerras en las cuales la raza tiene algo del David pastor, que se hace guerrero y salva a su pueblo.

Ahora, en la cuenca de montañas, que se ha creído demasado cerrada a la vida universal, repercute, sin embargo, la hora fragorosa del mundo. El pueblo tiene en su cuello de león en reposo un jadoo ardiente. Pero su paso por la vida republicana tendrá siempre el leonino: cierta severidad de fuerza que se conoce y que por conocerse no se exagera.

La raza existe, es decir, hay diferenciación vital, una originalidad que es forma de nobleza. El indio llegará a ser un poco más exótico por lo escaso; el mestizaje cubre el territorio y no tiene la debilidad que algunos anotan en las razas que no son puras.

No sentimos el desamor, ni siquiera el recelo, de las gentes de Europa, del blanco que será siempre el civilizador, el que ordenando las energías hace los organismos colectivos. El alemán ha hecho y sigue haciendo las ciudades del sur, codo a codo con el chileno, al cual va comunicando su seguro sentido organizador. El yugoeslavo y el inglés hacen en Magallanes y en Antofagasta otro tanto. Alabado sea el espíritu nacional que los deja cooperar en nuestra faena sagrada de cuajar las verdaderas eternas de una patria, sin odio, con una hidalga comprensión de lo que Europa manda en ellos.

Una raza refinada no somos: lo son las viejas y ricas. Tenemos algo de la Suiza primitiva, cuya austeridad baja a la índole de las gentes desde las montañas tercas: pero en nuestro oído suena, y empleza a enardecernos, la invitación griega del mar.

La pobreza debe hacernos sobrios, sin sugerirnos jamás la entrega a los países poderosos, que corrompen con la generosidad insinuante. El gasto de Caupolicán, imprecable sobre el leño que le abre las entrañas, está taluado en nuestra entrañas.

México, agosto de 1923

(Revista de Revistas, México, D.F.)